

Beata Laura Vicuña: Luz para la juventud hacia la castidad y el santo matrimonio



Laura Vicuña nació en Santiago el 5 de abril de 1891. Es hija legítima de José Domingo Vicuña y Mercedes Pino. Acerca de ellos declaró Julia Amanda, en el proceso de Viedma (Argentina):

“No conocí a mi padre; sé que era un militar muy severo y correcto, de vida cristiana. En cuanto a mi madre, era de familia humilde”.

Mayores datos agrega el testigo Manuel José Urrutia López, quien declara haber conocido en Collipulli (Chile) y tener ochenta y un años en el momento de su declaración: “Conozco a la Sierva de Dios desde que ella tenía pocos meses, en Santiago de Chile; después seguí de cerca su vida cuando me trasladé a vivir a Junín de los Andes (Argentina)... Supe que su padre era militar y que en su familia había un sacerdote, hermano suyo, y otro que ocupó un puesto eminente en la política. El padre era persona honorable... La madre se llamaba Mercedes Pino, de familia pobre. Yo la conocí desde la infancia, puedo decir, junto a varias de sus hermanas.”

Mercedes Pino habría nacido en Collipulli. Es descrita como una joven despierta, capaz de salir adelante en la vida.

Estos son todos los antecedentes familiares de los padres de Laura Vicuña de que se dispone. No se conoce de ellos ni siquiera el apellido materno.

Esta escasez de información, y la imposibilidad de cerciorarse de una eventual parentela del padre con la familia Vicuña de la época, ha dado pie a la convicción de que, a causa de su humilde matrimonio, habría sido repudiado por ella.

Sería ciertamente deseable tener mayores noticias sobre los orígenes de Laura Vicuña, pues ellos constituyen su raigambre chilena.

Es posible que tenga aún primos y sobrinos vivos, que pudieran ofrecer recuerdos familiares y permitan descubrir, por el lado del padre, quiénes fueron el hermano sacerdote y el eminente político y, por el lado de la madre, quiénes fueron sus varias hermanas.

La Madre Teresa Merlatto, Hija de María Auxiliadora, fue encargada por la Secretaría General de la Congregación de recoger todos los datos familiares posibles, siendo aquella inspectora de esa Familia Religiosa en Santiago.

Después de paciente indagación, durante un sexenio, en el año 1934 logró encontrar dos importantes documentos: la fe de Bautismo de Laura, y el certificado de defunción de su madre Mercedes Pino.

El primero de estos importantes documentos es de este tenor:

“En la iglesia parroquial de mi Señora Santa Ana de Santiago de Chile, el día veinticuatro de mayo de mil ochocientos noventauno, yo, párroco, bauticé e impuse el óleo y el crisma a Laura, nacida el cinco de abril pasado, hija legítima de José Domingo Vicuña y de Mercedes Pino, pertenecientes a esta parroquia. Fueron padrinos Wenceslao Calderón y Rosario Rojas; de lo cual doy fe: Bernardo Aránguiz, Párroco rector”.

Se dispone también del certificado de nacimiento de Laura. Se le dio el nombre de Laura del Carmen; no se menciona en este documento el nombre del padre, y de la madre, además del nombre, se indica el oficio: “costurera”.

Hizo la Primera Comuni3n el 2 de junio de 1901, a los diez años de edad.

Su Confesor escribe: “Siempre había sido obediente, sumisa, humilde y amable, pero después de ese momento, se le notaba en todo mayor perfecci3n, recogimiento y fervor en sus prácticas de piedad...”

Sus prácticas preferidas eran: mantenerse en la presencia de Dios, sirviéndose, para tal fin, de frecuentes y fervorosas oraciones, de buenos pensamientos y de santas conversaciones, especialmente sobre el amor de Jesús Sacramento”.

La misma Laura exclamaría después:

“¡Qué momentos más deliciosos! ¡Unida a Jesús le hablé de todos, y para todos invoqué gracias y favores!”

Reflexionando sobre esos días y lo que él pudo percibir del impacto de la Gracia en el alma de Laura, el Padre Crestanello comenta: “De un niño que hace bien su Primera Comuni3n se puede esperar grandes cosas”.

A imitaci3n de Santo Domingo Savio, propuesto como modelo en las escuelas salesianas, Laura, para esta ocasi3n, escribió de su propia mano tres prop3sitos, que vale la pena reproducir completos:

1. Quiero, Jesús mío, amarte y servirte durante toda mi vida; por eso te ofrezco toda mi alma, mi corazón y todo mi ser.
2. Quiero morir antes que ofenderte con el pecado; y por eso quiero apartarme de todo lo que pueda separarme de Ti
3. Prometo hacer de mi parte cuanto sé y puedo, aun con grandes sacrificios, para que Tú seas siempre más conocido y amado, y para reparar las ofensas que todos los días Te infieren los hombres que no Te aman, especialmente las que recibes de los míos.

“¡Oh, Dios mío, concédeme una vida de amor, de mortificaci3n y de sacrificio!”

La única pena que ensombreció el gozo de ese día fue observar que su madre no se acercaba a la Comuni3n con ella.

El otro acontecimiento que distinguió ese año fue la admisi3n de Laura entre las Hijas de María, el 8 de diciembre, a conclusi3n del Mes de María.

Julia Amanda afirma: “El día en que Laura recibió la cinta de Hija de María fue uno de los más felices para ella!”

Ella misma concluye observando: “En el féretro estaba vestida de Hija de María”.

Vestida de blanco, con una faja azul, la aspirante se acercaba al sacerdote, que le entregaba la cinta celeste con la medalla y el manual de Hija de María, mientras le decía: “Recibe esta cinta y esta medalla como insignia de María Inmaculada y señal externa de tu consagración a esta dulce Madre. Recuérdate que llevándola debes demostrarte como su digna hija en la inocencia y la santidad de vida”.

¿Quién diría que, veintiséis meses más tarde, con esa misma cinta, revestida del mismo vestido blanco y faja azul, sería llevada a su tumba por las compañeras y por la multitud del pueblo?

Esta es la cinta que aparece en la imagen con que se ha querido divulgar su figura, inmortalizando su condición de Hija de María.

Heroica vencedora de duras pruebas

Concluyó el año 1901 y se renovó el problema de las vacaciones lejos del colegio, en un ambiente que a Laura causaba cada vez más horror. Identificaba la hacienda de Quilquihué como un lugar ajeno a Dios, y donde su misma madre se veía envuelta en una grave ofensa a Él.

Ese verano debía sufrir duras pruebas; pero saldría vencedora, dando demostración de verdadero heroísmo.

Manuel Mora no tenía ninguna intención de casarse con doña Mercedes. El Padre Luigi Castano reporta la declaración, tomada verbalmente en 1956 a Julia Cifuentes, una compañera de Laura, que afirmaba: “Las preferencias de Mora eran para la misma Laura”, y que “la hacía educar para después desposarla”.

Un día de ese mismo verano – enero a marzo de 1902 – en que Manuel Mora llegó borracho, dio rienda suelta a sus bajos sentimientos. El mismo Luigi Castano describe y documenta el hecho así:

“En una circunstancia, encontrándose Laura en la estancia, Mora arrojó fuera de la casa a la señora Mercedes y pretendió quedarse solo con la niña. Pero ésta lo resistió y logró librarse de la emboscada. La misma madre de Laura contaba el hecho con lágrimas en los ojos, asegurando haber observado desde una ventana la escena brutal”.

Ese mismo verano debía celebrarse en la estancia la fiesta de la marcadura a hierro de los animales nacidos en el año.

Eran proverbiales los bailes y las borracheras con que concluían tales fiestas. Manuel Mora volvió a la carga, pretendiendo abrir el baile invitando a Laura a bailar con él.

Pero recibió de la niña un seco rechazo, y de nada le sirvieron los ruegos de la mamá para inducirla a aceptar. Mora no pudo tolerar ser rechazado de esa forma y, cogiendo a la niña de un brazo, la arrojó fuera de la casa.

Josefina Ferré, que se mantuvo en contacto con doña Mercedes hasta la muerte de ésta, declaró por escrito: “La señora Pino nos aseguró que, en ocasión de un baile preparado en la estancia por Mora para atraer a Laura, ésta se negó a tomar parte, a pesar de sus súplicas, y prefirió pasar la noche al sereno”.

No en vano, el día de su Primera Comunión, había hecho Laura el propósito:

“Quiero morir antes que ofenderte con el pecado”.

Su hermana declaró en el proceso de Viedma: “De expresiones sueltas de mi mamá, he recibido la impresión de que, no obstante su aparente timidez, Laura era firme en sus decisiones, cuando se trataba de hacer el bien o evitar el mal...”

Oyendo a mi mamá hablar de la conducta de mi hermana, me parece haber escuchado que ella había superado graves peligros con heroísmo superior a su edad”.

En represalia contra “la santurrón”, Manuel Mora se negó a seguir pagando el colegio de las niñas, para que permanecieran en la estancia a trabajar.

Cuando la directora, Madre Piai, lo supo, ella misma ofreció a doña Mercedes recibir a las niñas gratuitamente.

Laura volvió al colegio a fines de febrero de 1902. Los hechos sufridos en Quilquihué la habían hecho madurar y habían fortificado su carácter. Ese año cursaba 5° preparatoria. Julia Amanda se quedó con su mamá en la estancia y ya no volvió a la escuela.

El año 1902 comenzó el 1° de marzo con los preparativos para la misión que había de predicar en Junín Monseñor Cagliero, el Vicario Apostólico de la Patagonia Norte.

Monseñor Cagliero

La misión comenzó el 25 de marzo, Miércoles de Ceniza de ese año. Doña Mercedes vino algunos días a la misión, pues debía asistir a la Confirmación de sus dos hijas, administrada por Monseñor Cagliero el 29 de marzo de 1902.

Pero ni siquiera esta vez se acercó a los Sacramentos, a pesar de que los misioneros registran este resultado: “La conquista más importante y el más vistoso prodigio de la Gracia durante la misión fue... el gran número de matrimonios que se pudieron bendecir y legitimar”.

Laura había vuelto a la escuela, aceptada gratuitamente durante 5 años. En su corazón, había concebido el propósito de quedarse con las hermanas para siempre, y pidió a la Directora la gracia de ser admitida como aspirante a Hija de María Auxiliadora, recibiendo la esclavina.

Pero debió sufrir el dolor de ser rechazada. Había confiado su pena a Francisca Mendoza, que más tarde declaraba: “Me dijo que quería entrar en el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y profesar, pero que tenía la gran pena de no poderlo hacer, porque no tenía los documentos; y me decía que la ayudara rezando por ella”.

La convivencia de doña Mercedes con Manuel Mora había suscitado dudas respecto de la legitimidad del nacimiento de Laura, y las Constituciones de las Hijas de María Auxiliadora eran entonces estrictas en esa materia.

Como se ha visto, muchos años más tarde – solo en 1943 – se logró ubicar su fe de Bautismo, disipándose esta duda.

Laura no se desalentó y, preparada por su Confesor, emitió los votos privados, tal vez en mayo de 1902, poco después de la partida de Monseñor Cagliero, que tuvo lugar el 8 de abril, antes de la época de las lluvias.

Así lo refiere el mismo Padre Crestanello: “Trató de hacerse instruir por su director espiritual acerca de los votos religiosos, pues si no podía consagrarse a Jesús con la profesión religiosa, quería por lo menos observarlos en privado en el mejor modo posible”.

Este año, perteneciendo a los cursos más avanzados, Laura ayudaba a las menores a vestirse, peinarse, hacer la cama y conservarse limpias y alegres. Prestando estos servicios, saldaba la deuda de gratitud con el colegio, que la tenía como alumna gratuita.

Francisca Mendoza asegura: “Con las pequeñas se comportaba como una madre”. Y una antigua compañera agrega: “En dos años que estuve con ella, no la vi jamás dar señales de mala voluntad o repugnancia, como suele ocurrir a quienes prestan servicios”.

Pocos días después de la misión que obtuvo tan importantes frutos de conversión en Junín de los Andes, viendo que no lograba mover a conversión a su madre, Laura concibió una decisión de caridad heroica, que ha quedado como la característica de su breve existencia: ofrecerse como víctima a Dios por la conversión de su madre.

No es claro cuándo habrá nacido en ella esta idea.

Algunos la sitúan el domingo del Buen Pastor – 13 de abril de 1902 – como una respuesta a las palabras de Jesús: “El buen pastor da la vida por sus ovejas” (Jn 10, 11).

Oigamos a su Confesor:

“Su confianza en la protección de María y en la bondad del Divino Corazón la animaba a insistir en su ruego y, no teniendo ya otra cosa que ofrecer para obtener esa gracia, se decidió a ofrecer su vida misma y a aceptar con gusto la muerte a cambio de esa anhelada conversión.

Pidió permiso a su director, rogándole anticipadamente no ponerle obstáculos, sino más bien bendecir su ardiente deseo.

El padre espiritual al principio vaciló; pero al fin, en vista de su repetida insistencia, accedió y le dio el permiso que pedía, pues veía patente en ese acto heroico la acción de la Gracia.

La pequeña Laura no esperó un instante. Corrió inmediatamente a arrojarse a los pies de Jesús y, derramando lágrimas de gozo, en la esperanza de ser escuchada por Dios, se ofreció en holocausto a Jesús y a su querida Madre María”.

Concluido ese año, Laura no volvió a Quilquihué, sino que pasó el verano en el colegio con las hermanas. Ese verano, ninguna de las hermanas se alejó de Junín para viajar a Santiago durante el receso estival, como solían hacerlo.

Dios acepta su oferta

A pesar de ser de constitución delicada, la salud de Laura era buena, y concluyó ese año 1902 con excelentes resultados en sus estudios, y sin que se registraran enfermedades.

Esas vacaciones – enero y febrero de 1903 – gracias a los paseos emprendidos con las hermanas y al contacto con el sol y el aire puro de la Cordillera, se fortificó aún más el físico de la muchacha, que pronto cumpliría doce años.

Todavía parece dar muestras de buena salud durante la Novena de preparación a la fiesta de María Auxiliadora.

Para ese 24 de mayo de 1903, las hermanas habían ensayado una escenificación de la gloria de la Virgen en el Cielo, en que todas las niñas, vestidas de ángeles, formaban una corona en torno a la imagen de la Virgen, en medio del escenario.

Llegado el momento de representar la escena, a Laura tocó la ubicación al lado de la Virgen.

“Cuando cayó el telón – declara la hermana Azócar – Laura me dijo que en ese momento, mientras tenía tomado la mano de la Virgen, había renovado la oferta de su vida por la conversión de su mamá”.

Poco después, inexplicablemente, la salud de Laura comenzó a decaer velozmente, de manera que no pudo participar plenamente en los ejercicios espirituales de septiembre de 1903. Sus mejillas redondas se volvían pálidas y demacradas.

El Padre Crestanello escribe: “Una terrible tisis, agravada por males rebeldes a toda cura, la estaba llevando al fin, lenta pero progresivamente, mientras ella, convencida de que Dios había aceptado su oferta, soportaba todo con edificante paciencia”.

Advertida doña Mercedes, quiso llevarla a Quilquihué, pensando que el reposo y el aire puro del campo le haría bien. Laura quería morir en el colegio, pero ofreció también esto a Dios:

“¡Si Dios quiere también esto de mí, que se haga Su amable voluntad!”

Abandonó el colegio rumbo a la estancia el 15 de septiembre de 1903. Pero permanecería allí sólo quince días

El agravante del mal indujo a doña Mercedes a arrendar un pequeño ranchito de adobe en Junín, a pocos metros del colegio, pensando encontrar en el pueblo asistencia médica para su hija, en tanto que Julia Amanda era mandada interna al colegio.

Mientras pudo tenerse en pie, Laura asistía las tardes al Mes de María.

Su enfermedad fue ocasión de que todas sus compañeras y las hermanas la visitaran, y fueran testigos de su heroica paciencia, de sus mortificaciones y espíritu de sacrificio.

Último combate

Un episodio aún debía sellar la diamantina virtud de la niña, demostrando su firmeza cuando de fidelidad a Dios se trataba. A Manuel Mora no podía dejar indiferente el hecho de que se prolongara la estadía de doña Mercedes lejos de Quilquihué.

Una tarde, a mediados de enero de 1904, se presentó en el ranchito con intención de pasar allí la noche. De nada sirvió la oposición de doña Mercedes y el violento altercado que siguió entre ambos. Cuando Laura se dio cuenta que su madre comenzaba a ceder, en medio de su extrema debilidad, hizo acopio de todas sus fuerzas, y con resolución dijo:

“¡Si él se queda, yo me voy al colegio con las hermanas!”

Y, sin vacilar, salió a la calle.

Manuel Mora, temiendo la publicidad que habría dado al hecho la aparición de Laura en el colegio en las condiciones en que se encontraba, la siguió y, sacudiéndola del brazo, la golpeó brutalmente; y habría acabado con ella si en ese momento no pasaran por allí algunas personas, que fueron testigos de la escena.

El mismo Mora, tal vez temiendo haber ultimado a la niña, huyó.

Laura no dejó escapar ninguna queja, ni en esa ocasión, ni en los días que transcurrieron hasta su muerte.

Después de ese día, no se volvió a levantar.

« **¡Ahora muero contenta!** »

Entre el 15 y el 18 de enero, se confesó por última vez, y al día siguiente recibió la Comunión.

Se le preparaba otra gran pena. Supo que en esos días, la directora, Madre Piai, la hermana Azócar y el Padre Crestanello emprenderían el viaje estivo a Chile. Su reacción la refiere este último:

« ¡Dios mío, deberé morir sin que ninguno de los que me pueden ayudar se encuentre junto a mí!
¡Ah Jesús mío, qué duro es esto! ¡Pero que se haga Tu voluntad! »

Su padre espiritual encargó al Padre Genghini atenderla hasta el final.

Mientras el 22 de enero, a las cinco de la mañana, partía la caravana rumbo a Temuco y Santiago, el Padre Genghini le llevó la Comunión en forma de viático y, en el curso de la mañana, le administró la Unción de los enfermos.

Se acercaba el fin.

Estaban presentes, además de su madre y del Padre Genghini, las dos compañeras, María y Mercedes Vera – ambas serían después religiosas Hijas de María Auxiliadora – la hermana María Rodríguez, y el seminarista salesiano Felix Ortiz.

A las cinco de la tarde, Laura pidió al Padre Genghini llamar a su madre.

Esta, comprendiendo que era el momento supremo – así lo refiere el Padre Crestanello – exclamó: “¡Hija mía, hija mía! ¿Me vas a dejar?”

Laura, venciendo la impresión que le causaba el dolor de su madre, con voz trémula pero llena de ternura, le respondió:

« Sí, mamá, muero, porque yo misma se lo pedí a Jesús...

Hace casi dos años que Le ofrecí la vida por ti, para obtener la gracia de tu conversión a Dios. ¡Oh, mamá! ¿Antes de morir, no tendré el gozo de verte arrepentida? »

Doña Mercedes, desconsolada, exclamó: “¡Oh, mi querida Laura, te juro en este momento que haré cuanto me pides... Estoy arrepentida, Dios es testigo de mi promesa!”

María Vera oyó a doña Mercedes decir: “Sí, hija mía. Mañana en la mañana iré a la Iglesia con Amandina y me confesaré”.

Laura buscó con la mirada al Padre Genghini, y le dijo: “Padre, mi mamá en este momento promete dejar a ese hombre. ¡Sea usted testigo de su promesa!”

Después agregó:

« ¡Gracias Jesús, gracias María! Ahora muero contenta! »

Con estas palabras expiró.

Eran las seis de la tarde del 22 de enero de 1904.

Tenía 12 años y 9 meses.

El seminarista salesiano Felix Ortiz, en el periódico quincenal de Viedma “Flores del Campo” del 14 de mayo de 1910, publicó una memoria de los últimos momentos de Laura, de los cuales fue testigo.

Citamos algunas frases:

“También yo fui a visitarla... Acercándome a su cama, le pregunté, qué era lo que más la alegraba en ese momento.

Ella sonriendo me susurró casi al oído:

“Lo que más me consuela, en este momento, es haber sido siempre devota de María. ¡Oh, sí, ella es mi Madre, ella es mi Madre! Nada me hace más feliz que pensar que soy Hija de María”.

La hermana María Rodríguez confirma este testimonio, declarando: “Laura era muy devota de la Virgen, especialmente de la Virgen del Carmen, como buena chilena”.

Epílogo

La tarde misma de la muerte de Laura, doña Mercedes rogó al Padre Genghini hacer saber a Manuel Mora que no pensara más en ella, porque había decidido cambiar de vida.

El mismo sacerdote atestigua: “En la Misa del funeral de Laura, la señora Pino se confesó y recibió la Santa Comunción... Desde entonces, hasta su vuelta a Chile, fui yo el confidente de conciencia de la señora”.

Doña Mercedes se escondió durante algún tiempo en casa de amigas para sustraerse a la persecución de Manuel Mora, y huyó por un tiempo a Temuco.

Luego se instaló en Junín de los Andes, viviendo de su trabajo, hasta que se casó Julia Amanda con Horacio Jones en 1906: ¡a los doce años de edad!

Sucesivamente doña Mercedes se trasladó a Chile y se instaló en Freire. Allí se casó nuevamente, según la ley de la Iglesia y del civil, con Melitón Parra, un hombre honesto y trabajador, y vivió cristianamente hasta su muerte, acaecida según el certificado de defunción en Cherquenco el 17 de septiembre de 1929, a los cincuenta y nueve años de edad.

Manuel Mora fue asesinado en una riña, en ocasión de una carrera de caballos, entre 1906 y 1907.

Según concuerdan todos los testigos, en el funeral de Laura estuvo presente todo el pueblo, “atraídos por su fama de santidad”.

Hasta muchos años más tarde, cuando las mujeres del pueblo veían pasar a las niñas de la escuela, exclamaban: “Son todas buenas estas niñas, pero como Laurita no hemos visto ninguna otra”.

Como se ha dicho, en 1911 se publicó su biografía, escrita por quien fuera su director espiritual, y esto contribuyó a su conocimiento en Argentina y en Chile.

En seguida se publicaron otros opúsculos y pequeñas biografías.

Su fama atravesó los mares cuando en 1922, con ocasión del 50° aniversario de la fundación de las Hijas de María Auxiliadora, volvió a Turín la Madre Piai, trayendo consigo la biografía del Padre Crestanello y noticias personales sobre Laura Vicuña.

Poco después, en 1925, se celebraba una Exposición Misionera Vaticana, que coincidía con el 50° aniversario de las misiones salesianas.

Se pidió entonces sacar a la luz figuras de alumnos y alumnas muertos en concepto de santidad en países de misiones.

La Exposición tuvo lugar en 1926, y en ella se dio publicidad también en Italia a la figura de Laura. Desde entonces aparecieron otras biografías en italiano.

Los obstáculos que se oponían al comienzo de un proceso formal de beatificación y canonización eran: la falta de noticias más precisas, sobre todo no se sabía el paradero de doña Mercedes Pino, y se ignoraba si el sacrificio de Laura había sido verdaderamente eficaz; la Diócesis de Viedma, después que Monseñor Cagliero fue creado Cardenal, estuvo sin Obispo desde 1904 a 1934; no era, por otro lado, habitual un proceso de esa naturaleza en América Latina, y no había experiencia de cómo llevarlo a cabo, siendo entonces contados con una mano los santos de ese Continente; y estaba siempre el escollo de la edad.

La Madre Celia Genghini, hermana del Padre Zacarías Genghini, nombrada Secretaria General de su Congregación, se dedicó pacientemente durante muchos años a recoger toda la información posible. Ella estaba convencida que algún día serviría para un proceso formal de beatificación y canonización.

No alcanzó a verlo, pues murió el mismo año de su inicio

Un impulso decisivo recibió con la beatificación de Santo Domingo Savio (5 de marzo de 1950, canonizado más tarde el 12 de junio de 1954), y sobre todo con la canonización de Santa María Goretti (24 de junio de 1950).

De manera que, en 1955, se realizó en Viedma el proceso de Laura Vicuña.

Con todo, Laura no podía ser beatificada como mártir, y afloró de nuevo el obstáculo de la edad, hasta que fue allanado con la Congregación Plenaria de marzo de 1981 del Dicasterio Romano competente.

De eso se ha hecho mención al comienzo de este artículo.

Con Decreto del 18 de marzo de 1982, la Congregación para las Causas de los Santos introdujo la causa de Laura Vicuña.

Todo terminó felizmente con el Decreto de las Virtudes Heroicas el 5 de junio de 1986. Laura Vicuña era así declarada “Venerable”.

El Milagro

Entretanto, desde 1958 se venía preparando el otro requisito que la Iglesia exige para la beatificación de un «Venerable».

Con la promulgación del Decreto de Virtudes Heroicas se ha cumplido una etapa decisiva. Teniendo en cuenta la persistente fama de santidad de la persona, y sobre la base de todo el conjunto de testimonios – de los cuales se ha intentado dar una idea sumaria a lo largo de este artículo – expresan su voto sobre la práctica heroica de las Virtudes los Consultores interpelados por la Congregación para las Causas de los Santos.

En seguida deliberan los Cardenales miembros de dicha Congregación, llegando a una decisión, que concluye en el Decreto correspondiente, promulgado en presencia del Santo Padre.

Pero se trata en definitiva de un juicio prudencial humano, por más cualificado que sea

La Iglesia exige que ese juicio sea confirmado por una manifiesta intervención del Cielo, es decir por un milagro, operado por intercesión del Venerable en cuestión.

En el caso de Laura Vicuña este requisito también ha sido cumplido, y cuenta con el voto favorable de los especialistas.

Asimismo ha dado su aprobación la Congregación Plenaria de Cardenales, en su sesión del 21 de junio de 1988.

Faltaba sólo encontrar una ocasión en la agenda del Santo Padre para la promulgación del Decreto correspondiente.

Se trata de la curación milagrosa de la religiosa chilena de María Inmaculada, Ofelia del Carmen Lobos Arellano, ocurrida el 22 de mayo de 1958.

La hermana Ofelia nació el 14 de septiembre de 1932 en Empedrado, Maule (Chile).

Siempre tuvo una salud precaria, a causa de frecuentes pulmonitis. Con dificultades logró superar los dos años de noviciado. El consejo de la Congregación había decidido negarle la profesión, considerando que carecía de la salud necesaria para la vida religiosa.

Pero la decisión cambió por intervención de la Madre Inspectora, quien opinó: “Si ha de morir, es mejor que muera entre nosotras y no afuera”.

Digamos, de paso, que no pudo estar mejor inspirada.

La hermana Ofelia emitió la profesión el 2 de febrero de 1952. Sucesivamente, no obstante gozar de las cualidades docentes y apostólicas que la hacían una excelente maestra y asesora de pastoral juvenil, su salud siguió empeorando, hasta impedirle trabajar.

Le fueron practicadas dos operaciones, en junio y agosto de 1955, respectivamente a cada pulmón, para extraer la parte comprometida por el mal, diagnosticado como una broncoestasis bilateral y

peribronquitis crónica fibrosa y episodios de pulmonitis focales rebeldes.

Los médicos afirmaron que dichas intervenciones quirúrgicas no tenían la finalidad de una mejoría, sino sólo procurar a la paciente algún alivio.

Poco más tarde, la hermana Ofelia debió nuevamente ser hospitalizada. Cuando ya no había nada más que hacer, fue devuelta a su comunidad, con un diagnóstico desesperado: “para que muera en su casa”. Necesitaba oxígeno permanente, y no podía estar sino sentada. La amenazaba la muerte por asfixia respiratoria.

Dejemos ahora la palabra a la misma hermana Ofelia, según su testimonio jurado del 2 de agosto de 1986.

“Después de la operación, entre agosto de 1955 y mayo de 1958, yo seguí empeorando, hasta no poder tragar; no resistía el peso de la ropa, ni podía caminar.

Estaba esperando la muerte...

En esas circunstancias, la Madre Catalina me mandó decir que acudiera a Laura Vicuña, y le pidiera la salud necesaria para poder trabajar...

Yo empecé a pensar que a lo mejor Dios quería que yo pudiera realizar mi vocación como yo la sentía, y pensando que Laura Vicuña había querido hacer lo que yo hacía y no lo pudo cumplir, en ese momento elegí, de esta manera: elegí la vida, la salud necesaria para poder trabajar, y lo pedí por intercesión de Laura Vicuña, para reemplazarla haciendo lo que ella no pudo realizar...

Yo tenía antecedentes de Laura Vicuña, conocía bien su historia... En ese momento, al hacer la invocación, pensé en hacer una Novena y la comencé inmediatamente...

Como a las diez de la noche hice la invocación, y al momento sentí como el pulmón se me desataba, me molestó el oxígeno y me lo saqué, y no tomé pastillas para dormir, quedándome dormida.

Desperté en posición horizontal, después de haber pasado varios años sin poderme acostar.

En la mañana siguiente desperté como si nunca hubiera estado enferma, y allí supe lo que era respirar normalmente; me sentí liviana.

Me bajé de la cama, hice mi aseo personal, y para no asustar a las hermanas me volví a acostar.

Cuando empecé a decir que estaba bien y me vieron sin oxígeno, mis hermanas pensaron que me había trastornado por la debilidad.

La sanación fue instantánea, y en ocho días recuperé el peso normal, sin que me dieran sobrealimentación...

Para demostrarles a las hermanas que era verdad lo que decía, tomé el balón de oxígeno de 6 metros cúbicos y lo arrastré a un rincón de la pieza...

Después de la sanación no he tenido ninguna dolencia relacionada con esa enfermedad, muy por el contrario, respiro bien y siempre he podido desarrollar una gran actividad”.

La consulta médica declaró unánimemente: “Modalidad de la mejoría: instantánea, completa del

punto de vista médico; duradera; no explicable desde el punto de vista científico (5 sobre 5)".El doctor Gondar, que se declaraba no creyente, afirma que la mejoría "sólo puede explicarse por causas que están más allá de la ciencia médica que la ha asistido hasta el momento".

En el momento de su declaración, la hermana Ofelia Lobos era subdirectora del Liceo Las Mercedes de Puente Alto (Chile), encargada de la catequesis de la enseñanza media de ese liceo, y directora del movimiento juvenil salesiano de Puente Alto. Además de la beneficiaria del milagro, fueron testigos el Padre Egidio Viganó, S.E. Monseñor Jorge Medina, Monseñor Eduardo Canessa, su hermana carnal, también religiosa, y varias otras personas.

Cumplido este requisito, se realizó la beatificación de Laura Vicuña el 3 de septiembre de 1988, en Colle Don Bosco (Turín), durante la visita del Santo Padre a esa ciudad en el contexto de las celebraciones del centenario de la muerte de San Juan Bosco.

Conclusión

La historia de Laura Vicuña y su reciente beatificación tiene importantes consecuencias pastorales. En efecto, si la Iglesia declara que también los niños pueden alcanzar la santidad, eso significa que los sacerdotes, directores espirituales y confesores, y los maestros y catequistas, religiosos y laicos, deben poner extremo cuidado e interés en su trabajo con los niños.

"El niño es capaz de comprender y desear el bien, incluso antes que lo pueda entender racionalmente".

En este sentido, se produce un fuerte influjo del ambiente en que se encuentra incorporado, y de los valores que allí se viven, en particular el ejemplo de las personas mayores que lo rodean.

"La posibilidad que tiene un niño de ser libre y armonizado depende en grado importante de factores externos, como el amor y la libertad de las personas que lo rodean... Si el niño tiene un modelo y un bien justamente propuesto, puede responder incluso heroicamente".

Conviene observar a este respecto el ambiente que acogió a Laura Vicuña en el colegio "María Auxiliadora" de Junín de los Andes.

Las misiones salesianas vivían en esos decenios la época de oro de los orígenes y las primeras Hijas de María Auxiliadora venían a Junín de los Andes impulsadas por un inmenso ardor, que logró crear un clima de santidad.

Es elocuente la descripción de su nuevo campo de trabajo que hace la hermana Rosa Azócar:

"Comencé a considerarme en aquella soledad como en un paraíso terrenal, por la paz y tranquilidad de que se gozaba...

Las ayudas espirituales eran más abundantes que en los Institutos de Chile. Teníamos la Santa Misa todos los días, a menudo la Bendición, y toda facilidad para acercarnos a los Sacramentos...

No faltaba nada de cuanto puede desear una religiosa para hacerse santa...

Formadas en la escuela de Monseñor Costamanga, estábamos llenas de fervor; y Laura parecía, entre las alumnas, como nacida a propósito para seguimos en los entusiasmos juveniles de la vida de piedad.

No había peligro que dejara caer en el vacío una sola palabra o recomendación salida de nuestros

labios, especialmente si era de tipo religioso...”

Una segunda consideración se refiere a la importancia de la escuela católica como sistema educativo formativo.

En efecto, en ella no sólo los estudios, sino toda actividad, todo su personal y el ambiente mismo que en ella se respira, están dedicados a formar en los alumnos los valores cristianos.

Una buena escuela católica debería producir frutos tan excelentes como Laura Vicuña o también como Teresa de los Andes.

Por último, la consideración de la vida de Laura Vicuña pone en evidencia la enorme repercusión que tiene en un niño la conducta de sus padres, y la inmensa responsabilidad educativa que a ellos asiste.

Laura Vicuña constituye, además, un modelo de amor filial llevado hasta el heroísmo, hasta el sacrificio de la vida.

Ya en 1931, el Siervo de Dios Felipe Rinaldo, Rector Mayor de los Salesianos, decía:

“Yo daría hoy a Laura Vicuña dos palmas: la de la pureza, y la del amor filial”.

Pero en realidad su heroico sacrificio para obtener a su madre la gracia de la conversión no debilita, sino que confiere toda su fuerza a la expresión de San Pablo: “No corresponde a los hijos atesorar para los padres, sino a los padres atesorar para los hijos” (2 Co 12, 14).

Constituye una profunda alegría que haya tocado a una niña chilena el honor de comenzar a hacer realidad, como Confesora de la Fe, la magnífica profecía formulada por el Papa San Pío X, previendo los abundantes frutos de santidad que tendría para la Iglesia la concesión de la Primera Comunión a los niños.

Lo recuerda el Papa Pío XII, hablando a los asesores de la Acción Católica Infantil: “Nuestro Santo predecesor, San Pío X, cuando abrió a los niños los Tabernáculos Eucarísticos, exclamó:

“¡Habrán santos entre los niños!” (30 de diciembre de 1953).

¿Una Santa a los doce años?

En 1955 se iniciaba el proceso de beatificación de Laura Vicuña, la niña ejemplo de verdadero amor filial a su madre y mártir de la pureza.

En Bahía Blanca, Argentina, se honran los restos de esta santa niña chilena, en la Capilla del Colegio de las Hijas de María Auxiliadora.

En una lápida de marmol, se lee:

“Aquí duerme en el Señor Laura Vicuña, flor eucarística de Junín de los Andes.
Su vida fue un poema de pureza, de sacrificio y de amor filial.
Imitémosla”.

Su tumba en Bahía Blanca (Argentina)

Este es el mensaje de Laura Vicuña a la juventud de hoy: “Pureza, sacrificio y amor filial”.